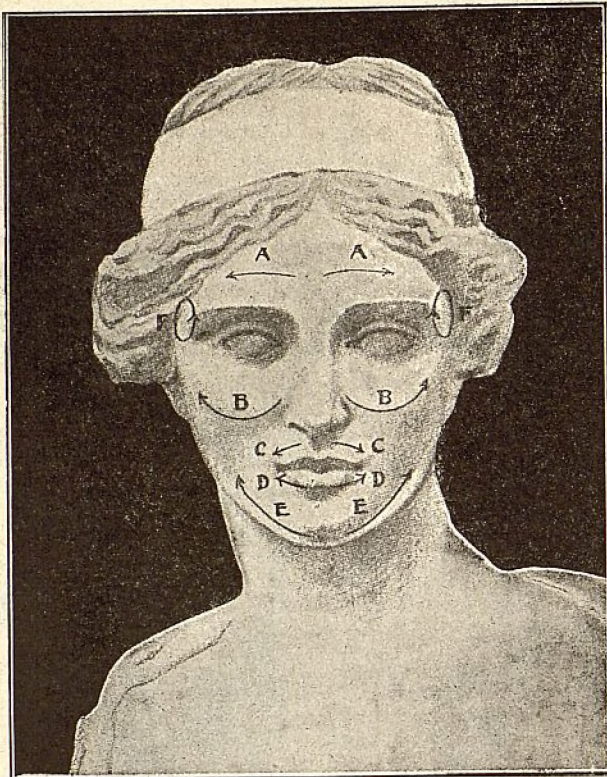




—¿Qué te pasa, Federico?

—Que estoy muy fastidiado, porque tengo que comprarme calzado mañana y no sé si gasto un 39 ó un 93.

Dib. SANCHÁ.—Madrid.



CREMA

LIDA

**RECONSTITU-
TUYENTE**

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

**DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

13.—Una zarzuela.

Instrucción primaria

MUESTRA EN
LOS SIMONES

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.

14.—Huele bien.

ES PARA
UNA CARTA

15.—Instrumento.

PUNTILLA
RECTA
MIXTA

16.—De la antigua torería.

Amados «pierdetiempistas»: ¿queréis decirme qué os resulta una grada del 5 en 20 pesetas, para luego ver toros mansos y toreros «pelmazos»?

MENOS

DENTRO DE CIERTAS
ACEITUNAS... PERO QUITAN-
DOLE UNA VOCAL

17.—Censura.

F
1 501
¿QUÉ HACE UNA
PULGA?

18.—En Grecia.

—¿Qué has hecho *prima-tres*?
—Huir de esos... que *tercia-dos*.
—Parece mentira que tomes et *tercia-prima* ante unos dibujos inofensivos.
—¡Habría que haberte visto a ti con *todo*!

CUPÓN

Correspondiente al núm. 142
de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

19.—Charada.

EN LA DROGUERIA

—¿Dónde vas *dos primera*?
—A *primera cuarta de tercera cuarta* a que me dé un poco de *primera segunda tercera y cuarta*.

20.—Oficio goloso.

VALLE T L RO

21.—Un tribuno.

KK
Franela
R

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

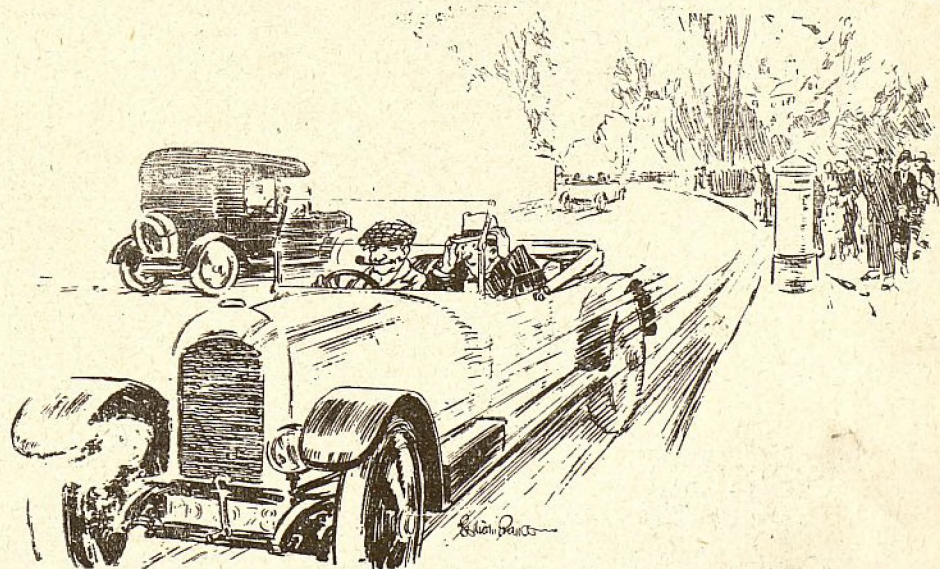
POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



EL CONDUCTOR.—¿Ve usted esa multitud en el paseo? El noventa por ciento se ha creído que nos íbamos a estrellar contra el pilar.

EL PASAJERO, NERVIOSO.—Sí, y el cincuenta por ciento de los que vamos en el coche hemos creído lo mismo.

(De *The Humorist*, de Londres.)



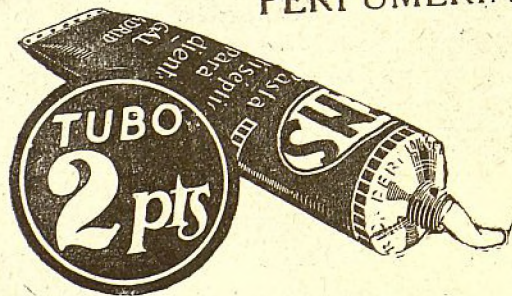
Las palabras
que perfuman

y se escuchan con más agrado, son las
que dicen quienes usan todos los días la

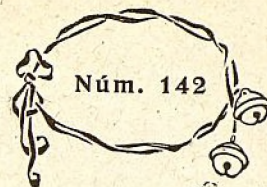
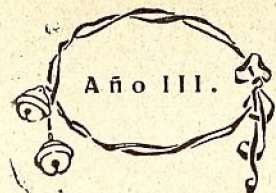
PASTA DENTAS

ES una crema jabonosa, aromatizada
con menta dulce de primera ca-
lidad. Ni piedra pómez, ni jibia, ni
drogas de efecto dudoso o nocivo.
Limpia el esmalte dental con la suavi-
dad de una esponja, dejando resplan-
deciente la dentadura, sonrosadas las
encías y la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL, - MADRID



DESCONFÍE USTED
de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal
a precio más reducido. En todos los comercios de Espa-
ña, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios
que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de
quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta



LA PIPA DE SANDÍA



H, qué gran sandía compró mi cocinera! Imposible traerla a casa cogida por el ridículo rabillo, que en la primera prueba se chascó. Imposible, también, envolverla

en un diario; el papel patinaba por la superficie pulida. No tuvo más solución que traerla en la plataforma de su atrevido pecho, ayudándose con sus dos brazos de verano, desnudos, regorjetas y con hoyuelos.

Al fin rodó la fruta sobre la mesa de cocina, con un rodar irregular. Después abrieron el cajón, buscaron un cuchillo grande—el grande—haciendo para ello un divertido ruido de cuchillos como si trataran de encontrarle por el tacto, y con él la abrieron.

El mapamundi quedó sobre la mesa.

En él observé que el cerco blanco que rodea la vida de las pipas estaba intacto, mostrando así que a las pipas, como a nosotros, no les gusta comer del cerco blanco. Las pipas no se movían. ¿Por qué? Sin duda, la invasión de la luz o del aire las atonta y las mata. Eso, si no las mata o conmociona ese golpe cóncavo que las cocineras y los meloneros pegan con la mano en las nalgas de la fruta para escuchar el crujido sabroso y rojizo.

Llegados los postres, daba yo fin a una húmeda raja de la gran sandía. Y del pedazo que goteando su dulce maravilloso llegaba a mi boca, saltó una inquietante pipa negra viva aún y mojada en jugo, que abandonó su huequecillo sabroso y debió rodar servilleta abajo.

Supuse que se propondría mancharme, y con mis manos y con mis ojos salí en su busca. Mas llegué tarde: ya no la vi en la servilleta ni en el pantalón. La busqué por los hundidos del chaleco que guardan la forma rugosa que tiene el vientre del hombre sentado; la busqué por el suelo, reflexionando desde

mi silla el cuerpo a ambos lados repetidas veces como en gimnasia sueca; la busqué debajo del plato; la busqué debajo de la copa, levantándola ceremoniosamente con las dos manos hasta la altura de mi frente, por si la pipa iba pegada debajo...

Al terminar la comida me sacudí suavemente primero; bruscamente después... ¡La pipa no saltó!

¡Qué inquietud tonta todo el día!

Ya en mi dormitorio, aún busqué de nuevo al travieso insectillo, registrando todos los bolsillos, incluso el interior del chaleco—ese bolsillo virgen, frío y tieso, cerrado por un botón que jamás hemos desabrochado y que está sujeto por los dos o tres hilos de la sastrería—. Busqué en los prestidigitadores dobleces del pantalón que escamotean las monedas de plata que caen;

busqué en la cartera de mis botas de cartera, donde cada bota debiera guardar esa cédula personal que lleva escrita en el tirante... Todo resultó inútil.

La noche fué angustiosa. Los sobresaltos, las pesadillas y las sombras del cuarto desordenaban el ritmo de mi cebración.

Antes de ser de día, y sentado en mi cama, volví a buscar la pipa; ahora en la petaca, en el pañuelo arrugado, en su *focaya* la pipa de fumar... Me tiré del lecho, levanté la ropa desde la cabecera hasta los pies, sacudí la sábana de abajo, colé el agua del baño, me pasé con cuidado la lendreras... ¡Qué angustia!

Hasta di la consigna al servicio:

—Tiene que parecer, ¿habéis oído?

Y, sin embargo, nada hecho...

Desde entonces, mi vida está llena de inquietudes. Mi corazón marcha sobre una línea quebrada y arbitraria como va el balón de un partido de fútbol reñido y veloz. Sufro la amenaza de la tragedia con esa angustia ultraviolenta de Maeterlinck...

A veces, en las tinieblas de un nocturno de insomnio, parece hacerse la luz en mi imaginación, y busco la pipa en cualquier extraño escondrijo posible. ¡Todo en vano!...

Anoche mismo encendí una cerilla, me incorporé en la cama, sujeté el frente de la chaqueta del pijama con la barbilla, y acerqué la llamita al ombligo. Con un limpio mondadientes de pluma busqué y rebusqué... inútilmente.

Por todo lo cual he dado en pensar:

—¿En qué tierra de Magia se enterrarán tantas pipas de sandía que se escamotean patinando y en qué tierra de Magia se recostarán las mágicas frutas que surjan?...

Y un poco romántico, me siento todos los días en mi mecedora, y le dedico al insecto perdido una hora de intensa meditación, como un rezo mecido...

(Pero, aún respira la esperanza.)

ANTONIO ROBLES



Dib. SILENO.—Madrid.

CUESTIONES DE POCO PESO

UN PROCEDIMIENTO PARA COMER MUY BARATO

La escena en un concurrido café de la Puerta del Sol.

Entra un matrimonio y, tímidamente, se sienta y pide la lista de platos para el almuerzo. A cien leguas se advierte que se trata de un matrimonio provinciano, pero por si no se advirtiera bien, él mismo lo declara espontáneamente, refiriendo al camarero los motivos de su rápido viaje y poniéndole en antecedentes de su vida. Son de Arévalo, llevan cinco años casados y no han estado en Madrid hasta ahora. Llegaron por la mañana en el correo de Galicia y regresarán por la tarde en el de Asturias.

Madrid les gusta y les asusta. Han visto las Caballerizas, han viajado en el Metro y han dado dos vueltas en vapor por el estanque del Retiro. La

calle de Alcalá es formidable. En uno solo de los rascacielos de la Gran Vía cabe todo Arévalo. Los caballos del Banco de Bilbao parecen propiamente de oro, si no lo son de veras... Han comprado unos sombreros que los llevarán a la estación para evitarles molestias, una pluma estilográfica y unas tarjetas postales que piensan escribir allí mismo, en cuanto almuercen, dirigiéndolas a sus amistades y parentela del pueblo y de fuera del pueblo, con objeto de que nadie pueda poner en duda la autenticidad del viaje.

Todo esto se lo refieren al camarero con la ingenuidad más encantadora, durante el transcurso del almuerzo. Por cierto que el matrimonio come de lo lindo. Se conoce que en Arévalo se trata bien la gente. Primero, ha pedido una



Dib. ARTETA.—Bilbao.

—Mira, Conchita: Di a la señora que si a las cuatro de la madrugada no he venido, que no me espere a cenar.

tortilla de angulas, que por cierto estaba riquísima. Después, unas almejas a la marinera, sabrosísimas. Luego, unos espárragos con mayonesa, que para qué les voy a contar. A continuación, unos langostinos con vinagreta, que hay que fastidiarse. Después, helado de fresa, que era estupendo, y plátanos, que parecían, por su suavidad y su delicado aroma, deliciosas barras de cosmético. Como se ve, rechazaron toda clase de chuletas, de riñones, de ternera, de pollos asados. Eso lo tienen en Arévalo a todo pasto. Lo que no tienen nunca es lo otro: las angulas, las almejas, los langostinos, los espárragos, y los plátanos...

Hecho el almuerzo y levantados los manteles, el marido tira de postales y de estilográfica y empieza a escribir. La esposa le dicta: «Esta, para tu madre. Esta, para el tío Pepe. Ahora, una para mi hermana. Otra para la señora Josefa...» Pasan cinco minutos. La esposa se acerca al marido y le dice, quedadamente, algo muy reservado. El marido llama al camarero. Acude éste y aquél le ruega:

—¿Quiere usted hacer el favor de acompañar a la señora al evacuatorio de la Puerta del Sol?

El camarero contesta:

—No es preciso. Aquí hay servicio para señoras.

El marido insiste:

—Ami mujer le da un poco de reparo. Le gustaría más el evacuatorio subterráneo, donde ya estubo esta mañana.

El camarero, accediendo:

—Como el señor quiera.

El esposo complacido:

—Mientras, yo terminaré de escribir. Usted la deja allí y vuelve. Lo principal es que no la atropelle ningún auto.

Circunspectamente, ceremoniosamente, galantemente, el camarero acompaña a la señora hasta la puerta del evacuatorio. Ha visto en lontananza una propina espléndida, y hace, encantado, este servicio especial que ciertamente no es de su incumbencia. En seguida, regresa al café, va a su turno, se dirige a la mesa donde el marido debe seguir escribiendo las postales a sus paisanos... y la encuentra vacía. Pregunta, un poco inquieto, a los consumidores vecinos y éstos le dicen que el señor que se hallaba en la mesa próxima acaba de ausentarse. Pálido como un cadáver, se lanza de nuevo al evacuatorio, donde le dan la desoladora noticia de que la dama salió ya...

El pobre hombre está a punto de sufrir un serio desmayo. Se la han dado de primo. Cincuenta y cuatro pesetas de gasto y dos horas de conversación...

Y mientras el camarero se entrega a sus tristes reflexiones, el matrimonio en cuestión, juntito ya de nuevo, echa calle de Carretas arriba, hacia su barrio de Embajadores.

MARCIANO ZURITA



—¡Cuando estov así, contigo, todo lo olvido, Luisita!
—Ya lo noto: ¡hasta el bailar!...

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

EL PRIMER PAR

(SUCEDIDO)

Como viven los protagonistas de este «suceso», y quiera Dios que vivan hasta que yo diga basta, no debo sacar sus nombres a la vergüenza pública, y los voy a bautizar de nuevo. Son: El Rojo, hombre ya maduro, que vive en Sevilla a la sombra de un su pariente, gran torero, y Miguelito, su sobrino, chaval «afisionao» a los toros.

El «suceso» tiene tres partes.

PRIMERA PARTE

A la mesa del café.

MIGUELITO.—And'usté, tío.

El Rojo.—¿Que ande yo, qué?

MIGUELITO.—Que and'usté, home, usté que tiene influjo con el matao, home, dígal'usté que me saque, home.

El Rojo.—¿Pero tú piensas de queá bien?

MIGUELITO.—Yo abanderilleo to lo que sarga por el toril. ¡Y que no tengo

ajuntao coraje, ni na! ¡Y que no las voy a poné bien, ni na! ¡Y que no soy yo naide, ni na! ¡La plasa se va a vení abajo, tío! ¡And'usté, tío, home, and'usté!

El Rojo.—¿Y cuándo quieres tú salí?

MIGUELITO.—¡Ahora mismo, ya mismo, pero que ya! ¡Cuando sea, como sea, lo que sea; er caso es salí y armá la regolusión, y que me cojan en hombros, y que suene la música, y que suenen los aplausos y que suenen las campanas de la Girarda, que en cuanti me vean a mí poné er primé par, Sevilla entera va a soná de gusto, como si la sarandearan y llevara dentro cascabelitos de oro y chinas del río!

El Rojo.—Ea; pos a mí no me güerres tú a da la monserga, sobrino; ve procurándote un traje de luses, porque

er domingo que viene pones tú banderillas.

MIGUELITO.—¿Va a se eso verdá?

El Rojo.—Eso que te he dicho lo canta un cura en la misa, en lugá del Evangelio, y le telegrafía el Papa di-siéndole: ¡olé, bien!, porque es la chipén.

MIGUELITO.—Ea; pos que Dios se lo pague a usté, tío.

El Rojo.—Ea; pos no hay más que hablá, sobrino.

SEGUNDA PARTE

En la Plaza de Toros.

(Miguelito, más vestido de torero que nadie, porque el traje le viene ancho y largo, se planta delante de la fiera, se echa los dedos a la lengua, moja con saliva las puntas de las banderillas y cita.)

MIGUELITO.—¡Je..., toro, je!... ¡Mira!... ¡Ven aquí, toro!... ¡Toro, je!

El toro (después de pensarlo bien).—A mí no me pones tú eso, galán. Voy a ve si pilló a este mal age que está detrás de mí con la capa al brazo. ¡Muuu!... (Le muestra la penca del rabo a Miguelito y aprieta a correr detrás de un peón, con intención de hacerlo polvo de ladrillo.)

MIGUELITO (mojándose los dedos con saliva y dándosela a las puntas de las banderillas).—¡Mardita sea, home!... ¡Toro! ¡Toro!

El toro (volviéndose).—¿Qué?

MIGUELITO (después de mojar otra vez los dedos con saliva y aplicársela a las banderillas).—¡Mirame!... ¡Aquí!... ¡Toro..., mira!

El toro.—Ya te veo, ya.

MIGUELITO (volviendo a pasarse los dedos por la lengua y volviendo a untar los rejoncillos).—¡¡Júy, toro... toro!!

El toro (moviendo la cabeza significativamente).—Acércate.

MIGUELITO (alzándose sobre las puntas de los pies).—Ven aquí.

El toro (lo mismo que antes).—Ven tú.

MIGUELITO.—Allá voy. (Da unos pasos postineros, vuelve a humedecerse los dedos con saliva y a dársela a las banderillas; alza los brazos y grita.) ¡Je..., toro! ¡Toro!

El toro (haciendo señas negativas con la cabeza).—¡No voy, no voy y no voy! ¡A ve si te enteras! (Da media vuelta y se dedica a escarbar en la arena, echándose luego sobre el lomo. Bonito ejercicio que el público no aplaude, aunque si algún espectador probara a hacerlo vería cómo no es tan fácil.)

MIGUELITO (en voz muy baja).—Mardita sea la... (Lo que sigue no se le entiende).

El toro (volviéndose rápidamente y dando un pequeño susto a Miguelito, que e taba dedicado nuevamente a mojar con saliva la punta de una banderilla).—Con mi familia no te metas, que yo no me meto con la tuya.



Dib. MEL.—Madrid.

—No me choca que hayas perdido la piedra de la sortija. ¿A quién se le ocurre llevar una piedra montada al aire?...

¿eh? Y algo tendría yo que decir también, no vayas a creerle. Tengamos la fiesta en paz. (Le vuelve el rabo.)

MIGUELITO (torna a pasarse los dedos por la lengua y torna a darles saliva a las banderillas).—¡¡¡Toro!!!

EL TORO.—¡A mucha honra!

MIGUELITO (mojándose otra vez los dedos y untando otra vez los rehiletes).—¡Toro!... ¡Láy, torito!...

EL TORO (para su capote).—Bueno; ¿sabes lo que he pensado? Que te quedas ahí, que yo voy a saltar la barrera. (Lo hace con toda pulcritud. Cae a la plaza un racimo de guardias.)

MIGUELITO.—¡Abrirle el callejón! (Untándose otra vez los dedos con saliva y dándole otra «manita» a los pinchos.) ¡Sal, torito, sal!

EL TORO.—Voy, voy, que esto está muy estrecho. (Sale. Cae al callejón el racimo de guardias.)

MIGUELITO (mojándose los dedos por vigésima vez).—¡Toma..., ven..., toro..., mira!...

EL TORO.—Voy, hombre, voy; ya que no quieres quitarte tú, voy a quitarte yo. ¡Estate quieto! ¡Espérame ahí! (Se dirige como una exhalación a Migue-

lito, pero éste, esquivando el encuentro, le clava las banderillas.)

MIGUELITO.—¡Olé!

EL TORO (sintiéndose herido).—¡Eso no vale! (Revolviéndose iracundo.) ¡Ahora verás! (Echa a correr detrás de Miguelito, pero Miguelito llega antes que el toro a un burladero y por él desaparece.)

MIGUELITO (para sí).—¡Qué bien he quedao!

EL TORO (asomando la cabeza por encima de la barrera al callejón y mirando a Miguelito fijamente).—¡Eres un mamarracho!, ¿sabes? Y estos palitroques que me has puesto aquí encima, ya me los estás quitando. ¡Salta, hombre, salta!

MIGUELITO.—En seguida me pongo yo delante de ti otra vez, ladrón!

TERCERA PARTE

A la mesa del café.

MIGUELITO.—¿No me dise usté na, tío?

EL ROJO.—¿De qué?

MIGUELITO.—¿No me vió usté abanderilleá?

EL ROJO.—Sí que te vi.

MIGUELITO.—¿Verdá que lo hise bien? EL ROJO.—Bien lo hisiste.

MIGUELITO.—¡Qué bonito tipo tenía yo!

EL ROJO.—Mu bonito tipo.

MIGUELITO.—¿Verdá que sí, tío?

EL ROJO.—Sí, sobrino.

MIGUELITO.—¿Vió usté qué par mas fino le puse?

EL ROJO.—¿Pos no lo había de ve?

MIGUELITO.—En dos deos de morrillo las dos.

EL ROJO.—En dos deos de morrillo.

MIGUELITO.—¡Y qué derechitas se quearon!

EL ROJO.—Se quearon derechitas.

MIGUELITO.—¿Pero no me dise usté na?

EL ROJO.—¿Qué quieres que te diga?

MIGUELITO.—Home, dígam'usté si sirvo o no sirvo.

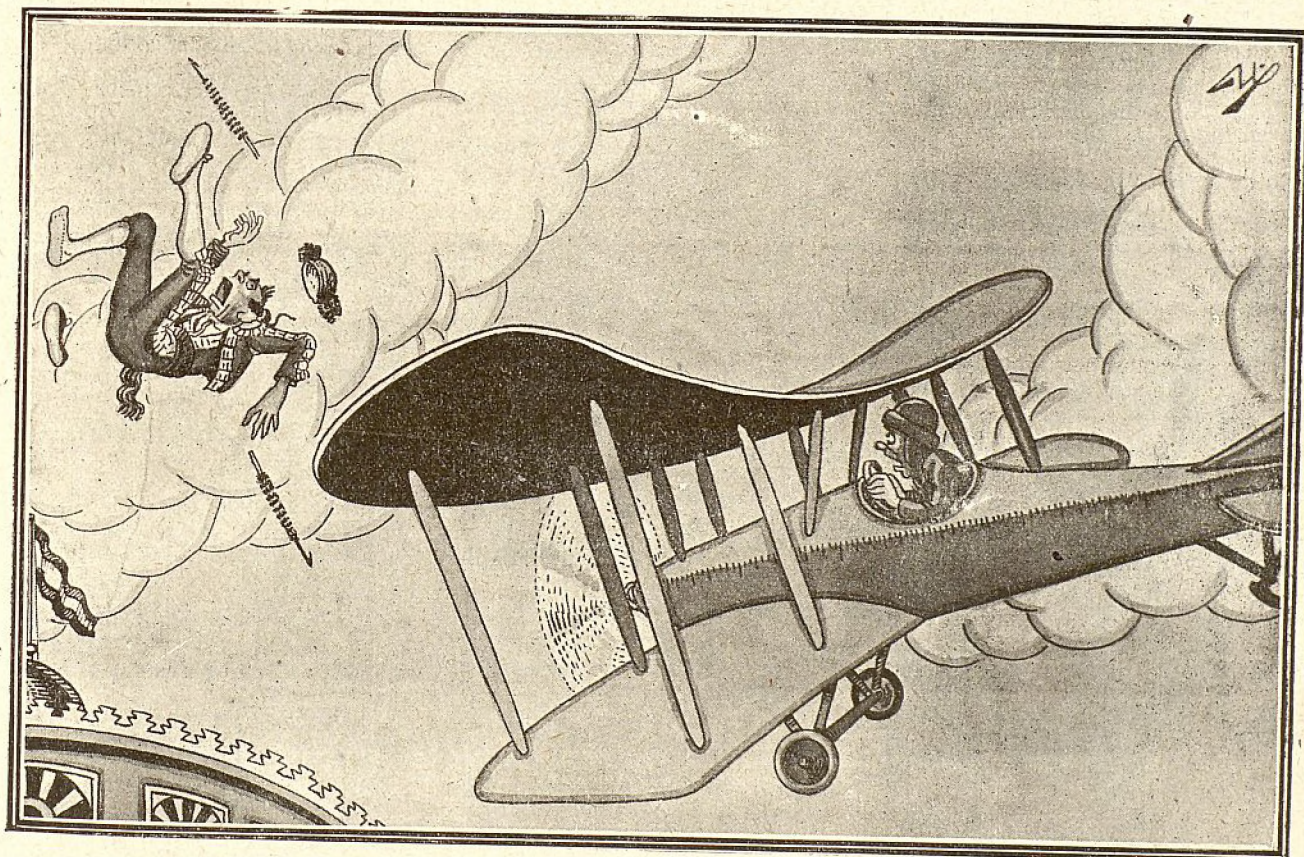
EL ROJO.—Sí, hombre, como serví, sirves. Pero una cosa te voy a desí:

cuando sargas a banderilleá otra vez,

cuérgate del cuello una lata con agua

pa mojá las banderillas, porque, mardita sea tu padre, te vas a queá físico.

PEDRO PEREZ FERNANDEZ



RESEÑA TAURINA

«Coliila III quedó como los propios ángeles (entre las nubes).»

Dib. URDA.—Barcelona

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

TEMAS DE VERANO

LA LUCHA POR LA BUTACA DE MIMBRES

Epica, como las luchas que nuestros conquistadores de Indias sostuvieron valerosamente, es la lucha que diariamente, o nocturnamente, mejor dicho, se produce en las terrazas de los cafés madrileños.

Al comenzar el verano, el dueño del café tiene la sospecha de que su establecimiento será más frecuentado si se colocan en la acera unos cuantos veladores, en los que el público consumirá refrescos con mayor satisfacción que en los divanes del interior, esos divanes que en verano nos aprietan y nos hacen sudar como una efusiva mujer gorda.

Entonces el dueño del café hace sus cálculos sobre el mármol del mostrador con el lápiz que se ha descabalgado de la oreja. Tantos veladores, tantas butacas de mimbres. La butaca de mimbres es la hembra del velador veraniego.

Sus cálculos son tan exactos como en general suelen serlo los cálculos de los arquitectos cuando proyectan un edificio. Todo es exacto y preciso, pero luego la realidad demuestra que el edificio rebasa el presupuesto y que el dueño del café acaba poniendo mayor número de veladores a su puerta que los que había presupuestado y de los que ya ha matriculado en el Ayuntamiento.

No es que el dueño del café goce con meter de matute cinco o seis veladores más de los que paga. Nunca un dueño de café puede abrigar en su pecho satisfacciones tan mezquinas.

Declara un número de veladores y paga por ellos lo que se le pide, sin regatear. Después se ve sorprendido con que apretando más los veladores

unos contra otros puede colocar cinco o seis más. Se le plantea la cuestión de notificar este aumento al Municipio o tragárselo, y opta por esto último, no por un ahorro insignificante, ni por burlar la aparatosa gravedad de las leyes y de los arbitrios, sino porque ¿a qué va a ir al Ayuntamiento, donde todo el mundo está tan ocupadísimo y es tan difícil atraer a un empleado a la ventanilla como lo era para el diablo el conseguir que pecase un cenovita de aquellos? ¿Vale la pena de molestar a aquellos señores para decirles: «He puesto dos veladores más a la puerta de mi café»? Aquellos señores se encogerán de hombros y volverán a sus abrumadoras ocupaciones. Un velador no es cosa bastante considerable para detener el complicado engranaje de la vida municipal.

Cuando el dueño del café se convence de que sería lo mismo que acercarse a una ventanilla para decir: «Me he recortado las guías del bigote», vuelve a hacer números. A mayor número de veladores, mayor cantidad de butacas de mimbres. Pero se da cuenta de que así como él posee en su almacén una consoladora provisión de veladores, las butacas de mimbres es necesario adquirir las de nuevo. Apenas sirven las que quedaron del verano pasado, y esas están torcidas como un tacón usado y erizadas de juncos rotos, que pinchan y molestan.

¡Son tan caras las butacas de mimbres! Por otra parte, ocupan tanto sitio! Y acaba por adquirir mayor número de sillitas, que son mucho más baratas.

De esta determinación de economía interior nace la gran diferencia que las

estadísticas señalan entre butacas y sillitas. Apenas dos de aquéllas rodean un velador, mientras que de éstas son una nube las que están dispuestas para ser utilizadas inmediatamente.

Y de esta diferencia, a su vez, nace la lucha a que nos referíamos en el ya lejano comienzo de este artículo.

Es una lucha enconada por la posesión de las butacas la que podemos presenciar frecuentemente en las noches estivales.

Esta lucha no tiene más fundamento legal que la de los conquistadores de tierras incivilizadas que llenan y entretienen la Historia Universal.

Donde el conquistador pone la planta de su pie y la bandera de su patria, sin que igual operación se haya realizado por medio de otra nación distinta, puede considerarse como país conquistado. «Esto no es de nadie, luego nadie puede impedir que sea mío.»

Así se hizo nuestro imperio colonial. Ya saben también ustedes cómo se deshizo.

Así, cuando un individuo llega a la terraza del café, coge su butaca, nadie puede arrebatársela. Si se da el caso de que sean dos los individuos que ven una butaca libre, hemos de verlos correr y disputarse ferozmente la posesión del cómodo asiento. También, como a través de la historia, el derecho estará a favor del más fuerte, o por lo menos bastante inclinado.

No basta quien, no contento con la posesión de una butaca, desea otra, como el que tiene dinero nunca se cansará de tener más. En otra butaca coloca su sombrero y hasta en otra coloca sus pies, adoptando la nada correcta actitud que vemos frecuentemente en algunos individuos. El castigo de esta insaciable sed de posesión será el de que los que vengan detrás de él, muy cortésmente, le despojen de sus butacas superfluas.

Nadie estará en silla por su gusto mientras pueda estar en butaca. La silla puede ser una situación intermedia hasta conseguir una butaca vacía. En cuanto una butaca se desocupe, se producirá una nueva lucha. Los hombres de silla y los que están de pie se disputarán aquella herencia, como si cifrasen su ideal en una butaca de mimbres.

Apuntemos, finalmente, la idea de que acaso todo el fundamento de la lucha de clases se manifiesta en la disputa por conseguir una butaca. Los de silla (clase media) y los que están de pie (proletariado) sueñan con sentarse en las butacas y miran con rencor muy explicable a los que han llegado antes y las poseen.

José LÓPEZ RUBIO



Dib.
ZAPIROZ
Madrid.

—Sansón, ¿cómo es a éste?

—Sí, pero no le salido.

—¿Porqué?

—¡Porque es un peluquero!

TRES CUENTOS VERTIGINOSOS

(TRADUCIDOS DEL TCHECO)

1

No quiero aludir a nadie, pero es cosa sabida que los animales han tenido siempre la mar de gracia. No hay nada más festivo que un asno enamorado, ni cosa que divierta a la gente más categóricamente que un pollo imbecil o que un pato viudo. El número de cuentos que se han elaborado en este mundo, refiriendo golpes de animales, es más crecido que las arenas del mar y que los sustos que ha dado Bergamín a los niños pequeños. Pero los tremebundos cuentos tchecos que yo voy a repetir aquí, en un castellano relativamente limpio y comprensible, aparte de ser poco conocidos son un tanto filosóficos y es preciso que ustedes compartan la admiración y el estupor que yo sentí cuando me los refirió un chico tcheco con el que me une una amistad internacional de las más tiernas y desinteresadas.

Y perdónenme que les venga ahora con cuentos, pero insisto en que, salvo la chismorrería que eso supone, no van ustedes a perder el tiempo escuchándome. Esto, luego, y previo mi permiso, que gustoso les doy, lo pueden ustedes repetir en el café y darse pisto de felices narradores por el módico estipendio de cuatro perras gordas, y digo cuatro perras porque estamos ya metidos en plena animalidad y no debemos retroceder.

Introduciéndonos, pues, de hoz y de coz (frase también apropiadísima al caso) en el asunto que ha determinado que estas líneas se escriban, empezaré por uno de los cuentos, comunicándoles a ustedes que hace unos años había en cierta casa de Praga una invasión de ratones de padre y muy distinguido señor mío de toda mi consideración. Un probo y honradísimo gato era el encargado de hacerles la vida imposible y cumplía su misión como ya quisieran cumplirla muchos funcionarios públicos. Alerta siempre en el agujero por donde surgían los roedores, llegó a imponérseles de tal manera que acabaron por no salir ni aun contando con el permiso de sus padres, tíos, primos y demás familia. Sólo un ratón insistió en hacerse visible y durante dos meses estuvo burlando al gato, y aprovechando sus escasas distracciones para correr una pequeña juerga nocturna por la vivienda. El gato, no bien le veía salía en su seguimiento y el pobre ratoncete se veía negro para buscar el orificio y evadirse limpiamente. Esto lo vino haciendo, como digo, una larga temporada, hasta que una noche le erizó los cabellos el espanto oyendo murmurar al gato: ¡Esto no puede se-

guir así! ¡Mañana, pase lo que pase, me como a este sinvergüenza!...

Y llegó mañana, y el ratón, incauto y desenfadado, salió como de costumbre y se dirigió al depósito del queso de bola; pero antes de llegar topó con un pedazo de pan mojado en vino tinto

que se le había caído a la suegra del dueño de la casa a la hora de los postres. El ratoncito le hincó el diente a aquello y a los tres minutos tenía una curda de las que no hay ejemplo. Tambaleándose se dirigió al pasillo y viendole al extremo al vigilante minino, y con

GALINDO



Dib. GALINDO. - Madrid.

—¿Qué? ¿Ha venido usted a bañarse?
—No, señor. A ver si cree usted que yo no tengo cuarto de baño en mi casa...

a inconsciencia que da el alcohol, vociferó de pronto:

—¡Buena! ¿Se puede saber dónde está ese gato que me iba a comer a mí?... ¡Ese gato es un voceras!!... ¡Que salga aquí ese gato si tiene corazón!!... ¡A ver ese chulo de gato, que le voy a mascar los hígados!!...

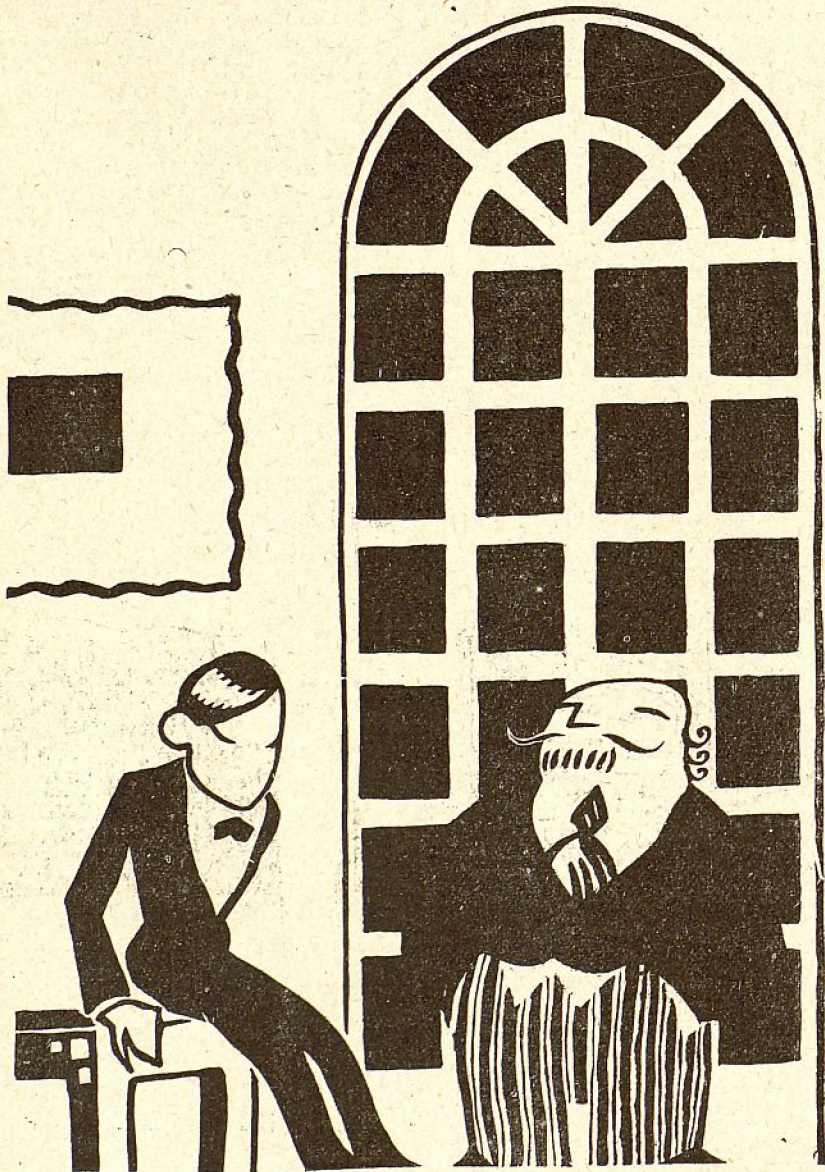
Y como el gato no estaba dispuesto a jugarse el corazón con nadie, lo que

hizo fué retirarse prudentemente, aunque se creyó en el caso de explicarse a sí mismo su prudente actitud con esta frase:

—¡No me voy a buscar una ruina por un borracho! ¡Cuando esté fresco, hablaremos!

Y desde entonces en Praga los que están frescos son los gatos, porque los ratones agarran cada jumera que

BAL



—¿Conque tú y tu mujer ya sois uno?
—Eso creí yo al casarme... ¡pero somos diez!...
—¿Y eso?
—Porque ella es uno... ¡y yo soy cero!...

Dib. BAL.—Madrid.

enciende el pelo y se ponen a insultar a los gatos por menos de nada, sin que hasta la fecha haya habido manera de evitar las broncas ni de decidir a los micifuces a que no se llenen de oprobio con su indecorosa actitud de evitar cuestiones y no meterse en líos.

II

En un restaurante de otra ciudad tcheca se encontraba una noche un caballero consumiendo un *bisté* sin patatas con cierto deleite.

Al lado de la mesa había una perra que miraba al comensal con ojos melancólicos y que a él se le antojaron pedigüeños.

Compadecido, le alargó un breve trozo de la suculenta carne y vió con estupor que la perra lo rehusaba.

—¿No te gusta?—le dijo amablemente.

Y la perra respondió con lágrimas:

—¡Me gustaba antes, y me gustaba con delirio, pero como está ahora, no!

—No te entiendo, perrita.

—¡Pues es bien fácil de entender, caballero!... ¡Yo soy la viuda de todos los *bistés* que se han servido aquí esta noche!...

III

Un inglés, avecindado también en Praga, y un poco *primo* de nacimiento, compró un loro a un gitano, creyendo a pies juntillas una historia que el gitano le contó. Este gachó le hizo creer que el loro se daba una maña singular para enseñar a hablar a las gallinas. El inglés poseía un vasto corral, atestado de estos animalitos, y tragándose el paquete llevó allí al loro en la seguridad de que a los cuatro días las gallinas iban a hablar más que veinte porteras y que él iba a solazarse con sus diálogos. Además de las gallinas, como es lógico, había un gallo, el cual miró al loro con unos kilos de extrañeza durante una semana, hasta que acabó por convencerse de que aquel pintoresco animal era una esposa más que le destinaban para su numeroso harén; quizás la futura favorita.

Y en efecto. Un día el gallo trató de aproximarse al lorito para salir de dudas y destruir el equívoco. Pero el loro, un poco asustado y otro poco digno, se replegó hacia la tapia y con una actitud noblemente ofendida le dijo:

—¡Señor mío! ¡Usted me ultraja con su pensamiento! ¡Yo aquí no soy lo que usted cree!... ¡Yo soy profesor de idiomas!...

Y el gallo, entonces, lamentando su desaforada confusión, le dió sus excusas, y saludando atentamente con el rendimiento que merece un cerebro superior, se retiró.

NÉSTOR O. LOPE

RAMONISMO COSAS DE LAS PLAYAS

Las playas engañan al veraneante, hechas, como están, con aserrín del sol, menudo aserrín que echa en espuertas sobre la tierra.

No es sólo engañoso el nombre que escribe una sombrilla en su jergón, sino el jergón mismo.

Engañan, pero se las vuelve a buscar siempre y hasta se hace a ellas esas excursiones, de noche, que hunden inútilmente en su arena, produciéndose en sus hoyos la sordera de todos los jazz-band, que siempre sueñan en el mundo.

...

Lo único que tiene de bueno la playa es que en ella la propiedad es libre y puede fijarse un toldo en los sitios libres que se escojan. Hay unos gitanos elegantes que se establecen para

todo un verano en la tienda de campaña simple, y allí cocinan, duermen, toman el te, hacen las finas labores de aguja.

De la antigua manera con que la Humanidad acampaba en las praderas y los pináculos, sólo quedan dos supervivencias: la de los gitanos en los campos y la de los veraneantes en las playas.



...

En las playas se pierden todas las novelas vividas. Es un gran papel secante de todo lo que sucede en ella. De las memorias pasadas no guarda ningún recuerdo, y donde más se pierde la presunción del presumido es en la playa en que luce sus zapatos blancos con vivos de charol negro.

...

Parece muchas veces la playa un tendedero de ropa, en que los trajes blancos se reblanquean más.

...

El que sorprende a unas cuantas muchachas tendidas en la playa teme que, al sentir sus pasos, todas escapen volanderas.

...

En la disputa de los novios, el más iracundo echaría de buena gana polvorones de arena en la boca del otro.

...

Las sombrillas en la playa debían



ser como velas que empujasen al que camina.

...

Cuando la mujer deja el bolsillo en la playa y se le llena de un poco de arena, parece que es como pescadora que ha sacado su red del mar.

...

Todos quisiéramos saber dónde están las playas de las conchas; pero sólo hay unas mujeres predestinadas que las encuentran en los rincones en que el mar guarda sus secretos, sus pequeñas joyas, pues las ostras perleras las guarda en las más profundas cajas de caudales.

...

En las playas se ve cuántas madres con catorce hijos hay por el mundo. Siempre andan buscando a uno de ellos que se les ha perdido. Pero la pérdida resulta tan natural que todo el mundo se despreocupa en seguida del niño perdido.

...

En las playas hay siempre un caballero que se acuesta de canto en las playas, volviéndose de espaldas a todo el mundo, ser desdeñoso e incongruente que se dedica a filtrar todas las arenas de la playa por entre sus dedos, como si buscase pepitas de oro.

...

En las playas, con la arena, el agua y otras substancias, se forma el cemento armado en las bragas de los niños.

...

Nadie sabe que los langostinos que

se sirven en la Perla de la Playa están devueltos de Madrid.

...

¡Qué larga tarea la de quitar los guantes a los percebeles!

...

El capitán de la playa es un señor fastuoso que lleva colgados unos gemelos a su diestra y, de vez en cuando, mira con ellos a lo lejos, y exclama: «¡Tiene dos chimeneas!»; como si dijese: «¡Disparen los de grueso calibre!»

...

Las amas de cría, que se posan todo el día en la playa, dan a los niños una leche salada.

...

Las casetas tienen más rotos que un calcetín, y las bañeras son las zurcidoras de por las tardes

...

En las playas hay que saber ir por la parte asfaltada de la playa que está más a la vera mar.

...

En la playa todo el mundo se queda enano de piernas cortas.

...

Hay un niño que entierra en arena a un señor que lee el periódico distraído.

...

Los bancos juegan a ser barcas que fleta la alta marea.

...

El novio zambo pierde todas las conquistas a la salida de la playa, quedándose atrás por la arena profunda en que pisa.

...

El niño de los barquillos es un niño que se come al día varios millares de barquillos, llegando a sonar a barquillo quebradizo cuando se le besa y a saber a barquillo relleno.

...

Las pulgas de playa se vengan de los que comen quisquillas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA. — Independencia, 856. — BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR



LAS DELICIAS DE UN VERANEO EN SAN RAFAEL

Dibujos de SAMA.—Madrid.

EN LO QUE GASTAN EL DINERO LAS PERSONAS ILUSTRES

BUEN HUMOR es uno de los semanarios más curiosos del mundo. No lo decimos ahora por la limpieza e higiene ancestrales y popularísimas de sus redactores y colaboradores, que se lavan, bañan, perfuman y desescaman con una frecuencia que es un encanto y que está dando que hablar largo y tendido del diez en sus respectivas vecindades.

Al hacer mención de la curiosidad de BUEN HUMOR nos hemos querido referir a su inveterado afán de introducir las narices en todos los lugares que puede, para enterarse de lo que también puede, aunque no debe, y a su costumbre de ejercer nefandos espionajes en la purísima vida íntima de ciertos y determinados ciudadanos, con el fin de luego contárselo al público y promover los festivos comentarios pertinentes al caso e impertinentes en la mayoría de los casos. Buen Humor se alegra la mar y se frota de gusto una página contra la otra en el momento en que logra averiguar una intimidad curiosa de un personaje po-

pular, preclaro, respetado y celeberrimo. Ahora mismo han caído en nuestras manos una serie de notas por las cuales hemos podido averiguar en qué se gastan el dinero los más conspicuos sujetos y sujetas que son hoy honra de España y adorno de sus diversas y profusas ciudades. Varias cuentas de gastos de esos repetidos y egregios españoles, que nos hemos podido agenciar, demuestran de manera palmaria y escandalosa, indubitable y persistente, diáfana y axio náutica, que cada cual o *cuala* invierte su dinero en lo que mejor le parece o en lo que más falta le hace; y como son tan diversas las necesidades, y tan antípodamente opuestos los caprichos de esos honestos individuos, de ahí que estimemos interesantísimas las listas de inversiones de fondos, que vamos a transcribir con el nombre y apellidos del gastador o pagador a que se refieren.

Fijense ustedes en las notitas; y, si no están ustedes dementes, nos darán la razón, aunque exponiéndose, si nos la dan, a quedarse sin ella y a volverse

locos *ipso facto*, cosa que convendría evitar, porque nos iba a costar un disgustazo de a arroba.

¡Y allá va lo prometido!

GASTOS DE DON ANTONIO MAURA EN EL ÚLTIMO «QUINCENIO»

	Pesetas.
Tinta para la carta a don César Silió y demás amigos de la pipa. Ochenta frascos...	160,00
Papel para la misma, seis resmas y una mano amenazadora.....	100,00
Tila que tuvo que tomar, al recibir la contestación a la repetida carta (repetida en todos los periódicos, menos en BUEN HUMOR, que no quiso dar una funesta digestión a sus lectores). Decíamos que la tila importa.....	205,35
Pinceles y lienzos para hacer dos pasteles en Corconte, en vista de que el anterior le salió mal y le <i>silió</i> peor....	95,50
Un número de <i>El Debate</i>	0,10
Alquiler de un coche para irse a tomar viento fresco en el referido punto veraniego...	2,15

CURIOSA NOTA DE CHICHELLO. — CUENTA DE LA LAVANPERA, A RAÍZ DE SU ÚLTIMA CORRIDA... O CORRIDAS, PORQUE FUERON VARIAS EN LA MISMA TARDE

	Pesetas.
Taleguilla.....	88,70
Calzoncillos.....	196,45
Medias.....	105,20
Zapatillas.....	75,80
Jabón y lejía.....	207,00
Colada (la de la lavandera, porque las de los toros las aguantó Rita).....	91,50

GASTOS DE SÁNCHEZ DE TOCA

	Pesetas.
Media docena de pañuelos para la nariz, de los más baratos que pudieron hacerle.....	1.000,00
Unos lentes.....	508,00
Colocación de los lentes (por diez obreros y una grúa)...	625,05
Reparaciones en su domicilio, por una conmoción del edificio a causa de un estornudo involuntario.....	490,40



Dib. OBI
Madrid.

—¿Estará usted deseando que llegue el domingo para ir a la Sierra?
—¡No lo creas: a mí el alpinismo me carga!

GASTOS DE LORETO PRADO, DEL UNO AL DOCE DEL CORRIENTE

	Pesetas.
Rotura de tres espejos, por no estar conforme con sus afirmaciones.....	14,25
Pilules orientales.....	140,80
Algodón en rama.....	100,00
Carta a la Sociedad de las Naciones a ver si la dan noticias de cuándo se cambia el calendario, y de si por efecto de ese cambio podremos volver a estar en el año 1875.....	0,25
Gastos de una novena a Santa Rita, a ver si consigue que Chicote se vuelva miope, con el fin de que aunque se fije no vea bien lo que mira.....	5,50

DEL CARNET DE FRANCO RODRÍGUEZ, DEL PASADO MES DE JULIO

	Pesetas.
Exceso de palabras en un telegrama.....	823,65
Perejil, dado alevosamente a un loro de la vecindad para acabar con una funesta competencia.....	4,80
Para hacer gárgaras, en una afonía espantosa contraída en el ejercicio de su arriesgada profesión. Importe de los medicamentos oportunos.....	55,00
Cena en el café del Callao, único café que le agrada, porque no tolera que nadie meta baza, como es bien sabido.....	12,50

GASTOS DE DON VALERIANO WEYLER EN ESTOS ÚLTIMOS SESENTA AÑOS

	Pesetas.
Un gabán de entretiempo.....	000,00
Arreglo de una levita.....	000,00
Idem de un pantalón.....	000,00
Cuenta del sastre.....	000,00
Un número de <i>La moda elegante</i> , atrasado, para enterarse en el teatro durante los intermedios.....	0,05

GASTOS DEL SEÑOR CONDE DE ROMANONES, DESDE EL 13 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO PASADO

Viaje a Guadalajara: En el automóvil de un amigo.
 Banquete el día del aniversario de su subida al Poder: En casa de Brocas.
 Visita a París: Por invitación.
 Regalo a García Prieto el día de San Manuel: Una caja de puros que le había regalado Melquiades el día de San Alvaro.
 Factura de un fotógrafo que le hizo el

favor de retratarle de medio cuerpo: Pendiente de pago.
 Donativos el día de la Fiesta de la Flor: 0,10 (en una moneda de la República portuguesa).

Y basta por hoy, entrañables lectores de mi alma. Si estas transcripciones peregrinas e inesperadas logran vuestro beneplácito y enardecen vuestra picante curiosidad, será fácil que algún día, de los que aún quedan en la Era Cristiana, se continúen, caso de que el Sumo Hacedor siga velando por mi salud con el interés con que lo viene haciendo, y que yo agradezco y

celebro reiteradamente con la más seráfica de mis sonrisas.

Y si, por desgracia, mi salud se quebranta por culpa del «Metro», de la Tabacalera o de la tardanza en resolver el problema de los marcos (en el que tengo gravemente comprometidos mis intereses), enfermo y todo, y aun moribundo, si ustedes me mandan que continúe, continuaré hasta exhalar el último suspiro, o, por lo menos, hasta exhalar el penúltimo, porque el postre es de razón que se lo dedique a mi cariñosa familia, siempre que ustedes no se opongan, que es seguro que no se opondrán.

¿Verdad que no?

ERNESTO POLO



Dib. ESCRIVÁ.—Madrid.

—¿Ves ese que viene por ahí? Pues todos los meses le tengo que dar doscientas cincuenta pesetas...
 —¿Le mantienes acaso?
 —¡No! Es el administrador de la casa donde vivo...

DESDE LA SIERRA

EL CAMPO Y EL HOMBRE DE CIUDAD

Como Aristóteles se retiró a Calcis, huyendo del fanatismo de Atenas, yo me he retirado a la Sierra, escapando del calor de Madrid. El paralelo es meridiano; claro que si es meridiano no es paralelo, pero... ¡bueno, otro día desharemos este embrollo! La cuestión es que estoy en la Sierra.

Confieso que no sé bien lo que es el honor, pero da igual; yo juro por mi honor que vine a la Sierra con toda la buena intención con que un camello puede ir al oasis más cercano. Soy algo desconfiado, y antes de decidirme procuré conocer la opinión de las gentes sesudas. Pues bien, todos, al saber que me iba a la Sierra, abrían unos ojos como puertas cocheras y sacudían los dedos de sus manos, cual si se quemasen. «¡Caramba! Conque a la Sierra, ¿eh?» «Sí, señor»—respondía yo humildemente. «Allí se va a poner usted como nuevo.» Y yo, que aún no me siento viejo, replicaba: «¡Sí, sí, como nuevo!»

En diez idiomas distintos me han cantado las excelencias de la Sierra: «Verá usted qué aires. Aquello es vivir. Los pinos son una segunda vida. No hay nada como el campo, como la Sierra. Va usted a engordar la mar.» Esto de engordar es mi único punto flaco, y ustedes perdonen la incongruencia. Me aterra el engordar casi tanto como leer novelas de amor de trescientas páginas. Y cuando pienso en el caso de mi tío Diocleciano, que llegó a pesar cuatrocientos veintinueve kilos sin tara, es decir, sin traje, creo que voy a heredar sus carnes y me muerdo los puños de rabia. A veces, de tanto morderme los puños, se me han estropeado los gemelos.

Vine a la Sierra, pues, en la mejor disposición de ánimo y, digámoslo francamente, decidido a pasarlo muy bien. ¿Qué fin puede perseguirse en esta vida? Aristipo, hace algunos años, contestó: «el goce». Y Epicuro lo confirmó después. ¡Eran un par de calomelanos! Vine dispuesto a gozar, a gozar de los pinos, a gozar con la contemplación del paisaje, a gozar con las hierbecitas del campo, a gozar con la atmósfera embalsamada, a gozar con los animales que corretean por el monte, como el bueno de San Francisco, que, según dicen, vivió una semana entera del canto de una cigarra (1).

La Sierra oculta delicias y bellezas sin cuento, pero yo soy lo suficientemente bestia para no comprenderlos.

(1) A mí esta hazaña no me cabe bien en la cabeza, porque soy incapaz de vivir un día, ni siquiera del canto de un duro.

¿Bestia? Quizá todo se reduce a que soy un hombre de ciudad, pero exclusivamente de ciudad.

Para todo el mundo, por ejemplo, es un placer, sencillísimo de lograr, el sentarse a comer pan con miel en mitad del campo. Pues bien, para mí es un problema de trigonometría. Llego al campo y elijo el lugar de sombra que más me place. ¿Ustedes creen que me derrumbo en tierra sin pensar en otra cosa? Me es imposible. Previamente, saco mis tijeras de bolsillo y corto todos los cardos que han nacido en aquel lugar. Les tengo un miedo a los cardos sólo comparable al que me producen la peritonitis y el bacalao a la vizcaína. A continuación, apoyo mi mano siniestra en el suelo y, con mucho cuidadito, me siento y empiezo a comer pan. Al segundo bocado, me duele el lado derecho; doy una vuelta, y me tumbo del izquierdo; en seguida, furiosamente, comienza a dolermé el lado izquierdo, y ya me veo precisado a sentarme tieso y rígido como una estaca. Pero a los tres segundos, de un modo fatal, me duele la espalda. La nueva dolencia me fuerza a dejar esca-

par la exclamación que reservo para cuando hay señoras delante:

—¡Cascarillitas!

Y me levanto para buscar algo donde apoyarme. Lo hallo, al fin, después de clavarme en los tobillos infinidad de pinchos invisibles. Surge, naturalmente, la nueva poda de cardos, al final de la cual me acomodo, tomando como respaldo un árbol elegido. Dos minutos después me duelen los riñones, como si alguien les hubiese dicho que los van a servir «a la broche». Otra vez debo levantarme para buscar sitio en que colocar mi cuerpecito gallardete.

En ocasiones, mi suerte es tan grande que descubro un lugar donde estoy francamente bien. Respiro a gusto durante unos segundos, y en seguida, sin duda porque me persigue el *fatum* inexorable de la tragedia griega, veo venir hacia donde yazgo uno de esos bichos, inclasificables para los hombres de ciudad, y que para los naturalistas se llaman cosas muy raras, como *tropidonotus natrix* o *anguix fragilis* o cualquier otra camelancia latina por el estilo. La cuestión es que el ciudadano que avanza tiene todo el aspecto de una serpiente y que me mira con unos ojos brillantísimos. Y como no es cosa de preguntarle ¿qué tienes en la mirada?, pego un bote de tomate al natural y me desdibujo en el horizonte. ¿Qué debo hacer, refugiarme en mi cuarto de la fonda? ¡Nunca! Allí reinan, sin miedo a revoluciones, dos especies de arañas verdaderamente sugestivas: la araña «Madrid-Zaragoza y Alicante» y la araña «Ford». Me explicaré: La primera especie de araña tiene el cuerpo como un guisante y las patas larguísimas; en vez de andar, se desliza al través de un hilo que ella misma fabrica, a modo de riel de ferrocarril, y sólo camina por el hilo, razón por la cual la llamo, ferroviariamente, «Madrid-Zaragoza y Alicante». La otra especie no se sujeta a ninguna clase de hilos. Es gorda como un balón de fútbol y anda por todos lados con gran facilidad, motivo por el cual la denomino araña «Ford».

Ambas me son simpatiquísimas, y he llegado a tomarlas tanto afecto, que, con toda cortesía, las cedo mi alcoba.

Ahora, en vista de que no puedo permanecer ni en mi habitación ni en el campo, me paso la vida sentado en la vía férrea, porque allí, al menos, no corro otro peligro que el de que me atropelle un mercancías.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Tablada (Guadarrama).



Dib. QUELONIO.—Guadalajara.

—¿Qué haces, Gorito?

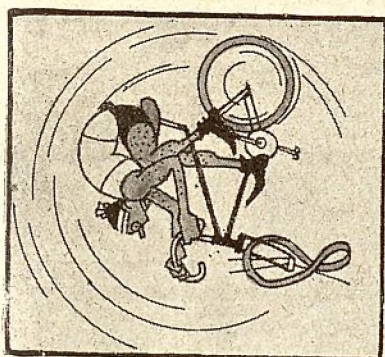
—El profesor me ha dicho que tengo que tragarme este libro en estas vacaciones y estoy dejando las pastas para postre...

LOS DEPORTES, POR LUIS DURÁN.-ESCORIAL



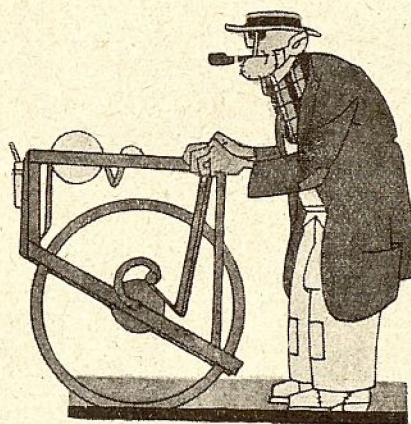
PATA-BALL.—EL PARTIDO DE AYER

1.º El árbitro lusitano Pera da Chifla, que se halla sumamente enojado o irritadísimo, porque el público, tomándole por pito del sereno, lo estuvo pitando toda la tarde. 2.º El formidable «equipier» vasco Bengoagotiguetegagueagonochealeguigoitia, en una bonita jugada de cabeza. En el círculo: Los capitanes de ambos equipos, cambiándose flores antes de comenzar el encuentro.



CARRERAS EN PISTA

El campeón de las diez vueltas, tomado en el momento que da una de ellas.



CARRERAS EN CARRETERA

El «Mago del Pedal», que ha bafido noventa y dos veces el «record» Coruña-Madrid-Coruña, y que, sin decir a nadie nada, se refira del mundo deportivo, para largarse al otro mundo.

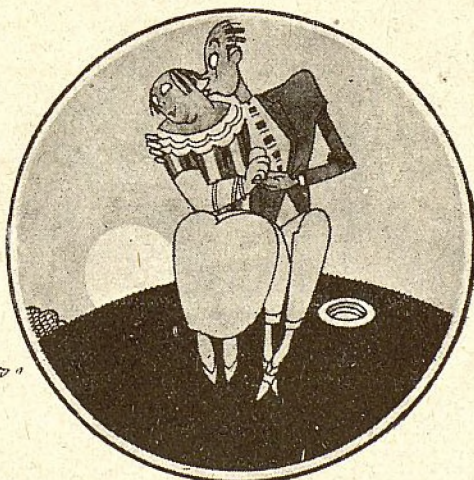


«CROSS-COUNTRY»

El vencedor (X) de los cien kilómetros a través del campo, en el instante de llegar a la meta.



Partido de desempate entre el deportivo Matías y el cultural Nicomed.s. Nicomedes en una jugada de órdago a la grande.



Interesante «match» de boxeo, que suele celebrarse todos los jueves, al anochecer, en el Parque del Oeste. El notable «amateur» Manolo Guajira, en un directo a la nuca.



La encantadora criaturita Angelina R. Queerre, que ha ganado el concurso de saltos organizado por la Sociedad «Tifus F. C.»

UN POLLO BIEN

Te vi en el *Palas* ¡pobre Angelito!
tan remilgado, tan rebonito,
que algunas chicas muy casquivanas
que te miraban con embeleso

les diste ganas,
por lo precioso, de darte un beso.

Con tu carita color de rosa,
tu andar menudo que apenas pisa,
mirada triste, voz temblorosa,
dulce sonrisa...

Tus negras cejas bien depiladas
tu gesto abierto por un brebaje
y tus mejillas ya coloreadas
por el masaje...

Con tus perfumes, tu linda mano
y tu poquito de neurastenia,
más que un soldado de Garellano
me parecías... una gardenia.

Una flor fina tan delicada,
que el viento agita
y al débil soplo cae deshojada,
mustia, marchita...

¿Y tú eres hombre y eres soldado
según la Ley?

¿Y de ese modo te has figurado
que desde el *Palas* se sirve al Rey?

¿Y así presumes tan arrogante
cuando no eres
más que un remedo muy repugnante
de las mujeres?

¡Anda y no me hables porque me alteras
con tu constante falta de seso!

¡Si fueras hombre, como deberías,
no harías eso!

Allá, en Melilla con ardimiento,
donde los tuyos dan la batalla
y lucha todo tu regimiento
bajo la lluvia de la metralla;
donde los bravos muestran su empuje;
donde los héroes rinden la vida
y el cañón truena y el viento ruga
y el que no muere tiene una herida;
donde los hombres furiosos luchan;
donde la sangre corre a torrentes...
¡y en vez de *tangos* sólo se escuchan
los roncros gritos de los valientes...!

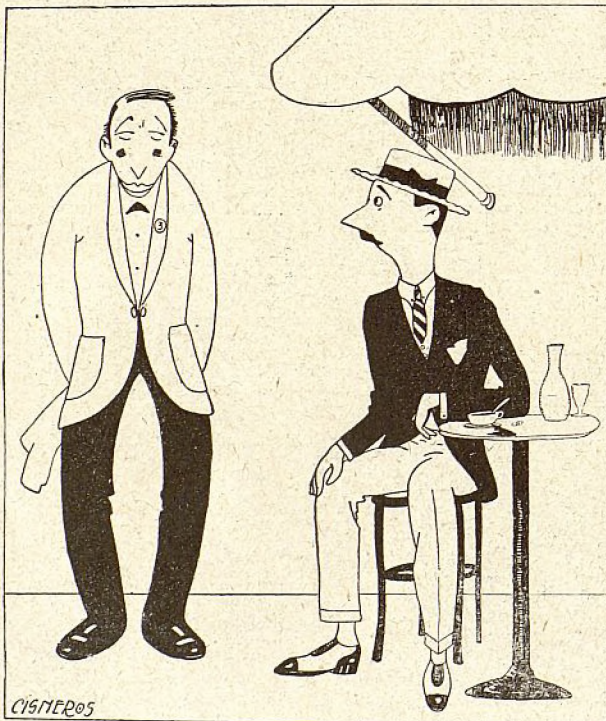
¡Allí deberías llevar los bríos
del buen patriota,
dejando a un lado tus amoríos,
tu repugnante papel de idiota,
y tus *fox-trot*s y tus pinturas
y tus perfumes que causan asco!...
¡Y si otra cosa tú te figuras,
te llevas chasco!

No es en el *Palas* ni en los *kursales*
donde se forjan los hombres fuertes.
¿Porqué no pruebas a ver si vales?

¡Acaso aciertes!

¡Empuña el máuser... y al enemigo!
Y si no lo haces y eres tan necio
que no te importa lo que te digo,
une mis burlas a mi desprecio...
¡y a nadie digas que eres mi amigo!

FIACRO YRÁYZOZ



CISNEROS

Dib. CISNEROS.—Madrid.

—Mozo, ¿quiere pasar una rodilla?

—¡Non puedu, señoritu; tengo reuma!...



BLUFF
/24

Dib. BLUFF.—Madrid.

—Oye, que viene mi mujer y no quiero que me vea.

—Bueno; pero vienen dos, ¿cuál es tu mujer?

—Mi mujer es la que lleva los pantalones.

Querida compañera

—¡Yo la mato, la mato!—bramó el mozo.

—No harás tal cosa—opuso el viejo severamente—. Esa mujer y todas, ¿lo oyes?, merecen nuestra estimación y respeto de hombres. ¿Viste nunca en el mundo nada más tolerante? La mujer ha nacido para aguantar. Todo conspira contra ella: el hombre, la moda, el tiempo, el amor... ¿Y tú quieres arrebatarle la vida? ¡Guarda esos versos, muchacho!

—No; si no son versos esto que traigo aquí, sino una navaja barbera— aclaró el joven con su cándida indignación.

—Ripios o tajos, de cualquier modo constituirían una inicua agresión. El que esa mujer no te quiera, no constituye motivo serio para que tú la obligues a rectificar arma en mano.

—¡Pero es que ha sido conmigo una traidora!

—Lo que es traición contigo, es lealtad con otro... No hagas caso. Ella, prodigadora ciega, como el agua, como la riqueza, como la enfermedad, no mira a quién se entrega. Ya el poeta, experto y amargo, dijo:

Tengo una que me quiere, y otra a quien quiero yo..

Guarda, guarda ese acero—continuó diciendo el anciano—, y busca todas las mañanas, al levantarte, las oraciones más encendidas para bendecir a la mujer. Ya te he dicho que ha nacido para lo que raras veces hacemos los hombres: para soportar, para consentir, para socarrarse en la virtud de la paciencia, para ir muriendo poco a poco y pizca a pizca en la cruz de la docilidad. ¡Compañera adorable! El zapatero confecciona unas chinelas primorosas, pero tan ajustaditas, que son cepos y no capullos de los pies.—¿Qué hago?—pregunta la mujer.—Y la Actualidad le contesta implacable: —Pónfelos.—La Moda, otra vez, le echa, en pleno verano, sobre el cuello, unas pieles sofocantes. La mujer jadea, se abraza, gime... Con mil amores pediría compasión; sus ojos se dilatan implorantes... Pero la Moda, imperativamente, decreta: —Calla, y obedece. Ahora se llevan mucho las pieles. Tú, lo único que debes averiguar, es si son de zorro azul o de mandril... —En el baile, la mujer coloca su piecico debajo del del hombre; la modista le pone a la pobre mujer los precios que le da la gana; en los Juegos Florales oye sin rechistar las facecias premiadas; en casa contesta las sandeces que le escribimos, o, casada ya, dedica sus habilidades y sus energías a la empresa de sujetarnos el cuello postizo; y nos bambolea en el lecho, previniéndonos que ha sonado la hora de ir a la oficina; y nos comunica, con estoicismo de amazona, que se le concluyó el dinero; y nos cura los

diviosos, y nos admira aun cuando estamos en camiseta... No; no repliques... La mujer es mil veces sagrada. En amor, la elegimos, y si no nos elige, la firoteamos. Hemos inventado contra ella el crimen pasional. En la calle la piropeamos, pero esto lo hacemos para despistar, porque, una vez que la encerramos en casa, ya maridos suyos, no volvemos a consagrarle la menor fineza. Nos gusta verla en esa cárcel que hemos confeccionado para ella los maridos celosos, que se llama mirador, o junto a ese cancerbero denominado canastillo de costura... Ella, evangélica, aguanta y aguanta siempre... Póstrate de rodillas ante ella.

—Pero...

—Póstrate, digo, y ámala después de arrojar lejos tu odio y tu injusticia.

Para ella, que tiene la paciencia de un ángel, muchos novelistas corcusen una tras otra esas novelas de ladrillo recoco, calamidades de cuatrocientas páginas, agresiones a duro, disfrazadas con el título de estudios psicológicos. Para ella, la de la mansedumbre inagotable, esa otra narración «blanca», no incluida aún por la Policía entre los productos estupefacientes; para ella, en fin, las faldas estrechas, y la Ortografía, y nuestro apetito insaciado, y la plataforma del tranvía... Para ella, mujer, la maternidad; y, madre, la vejez... ¿No te sientes tú, hombre, más favorecido, con privilegios de amo? ¡Calla, miserable, y humilla la frente! No hay peor negocio que haber nacido mujer...

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. GARRIDO—Madrid.

—¡Este jefe de la clac es un camello! Cuando hay butacas de patio se las da a esos, porque dice que vienen bien vestidos... En cambio, a mí todas las noches me manda a paseo...

LA PERDICIÓN DE UN ALMA

Solemnemente, no ya con la mano encima del corazón, sino de una plancha eléctrica a ser preciso, juraría no conocí en mi vida hombre más bondadoso que aquel don Zacarías Martínez y Rivero. Un bendito de Dios, un pedazo de pan y demás ad'etivos similares fué aquel hombre, que por dar la razón a todo el mundo, dióselo a San Luis Gonzaga cuando dijo que *cada joven que se regenera es una generación que salva*, ya que su hijo Raimundo salió en esto de la bondad y demás virtudes cardinales de un modo que no dejaba lugar a dudas sobre su paternal origen.

Tranquilamente vivían nuestros hombres, cuando el buenazo de don Zacarías, que llevaba con la agilidad de quien vive en estado de gracia sus ochenta y seis años cumplidos, fuese

de una parálisis infantil o de, lo que es más probable, de la ingurgitación de un vermú de 0,15 con pan, anchoa, aceituna, boquerón y un merengue, estiró la pierna con toda la solemnidad que merece un hombre que no se ha dejado tentar ni en el tranvía. Y poco tiempo después, el no menos buenazo del hijo tomó billete de ida para la misma región a que meses antes su padre había emigrado.

Y así fué como los dos Martínez, padre e hijo, hicieron su *tournee* hacia los espacios siderales.

Nada tan aburrido como los viajes largos, a no ser que llevemos al lado alguna viuda joven. No tiene, pues, nada de particular que mientras el alma de Raimundo se encaminaba—gracias

a la suma amabilidad—hacia la Gloria, pensase en lo conveniente que sería al llegar allí preguntar por el alma de quien en la deleznable tierra había sido su padre.

Gozábase ante este pensamiento, cuando advirtió que debía encontrarse cerca de su destino, ya que, junto a una puerta amurallada, aparecía el rostro venerable de San Pedro.

—¿Vienes aquí?—le preguntó enviándole una de sus mejores sonrisas. Raimundo, por toda respuesta, mostró su pasaporte.

—Pues dignate pasar—agregó, sacando una llave inglesa y disponiéndose a franquearle la entrada.

—Sí; mas antes he de consultarte una cosa—dijo Raimundo—: Con objeto de ahorrarme molestia y tiempo te agradecería me indicases el sitio exacto de la Gloria en que está destinado mi padre, que llamóse en vida Zacarías Martínez y Rivero, y que falleció hace poco.

Dirigióse San Pedro hacia un estante, en donde se alineaban por orden alfabético numerosos y gigantescos libros.

Cogió uno y lo hojeó escrupulosamente.

—¿Cómo dices que se llamaba?

—Zacarías Martínez y Rivero.

San Pedro frunció el entrecejo. Luego añadió:

—Lo que voy a decirte no es nada agradable. Pero... tu padre no está en la Gloria.

—¿Es posible?

—Muy posible, hijo—continuó el santo—. Todos hemos pecado alguna vez. Nada de particular tiene que él —¡mortal al fin y al cabo!—haya cometido algún leve pecado. Ya que parece decidido a buscarlo, baja al Purgatorio. Seguramente lo encontrarás sin novedad, aunque algo más moreno.

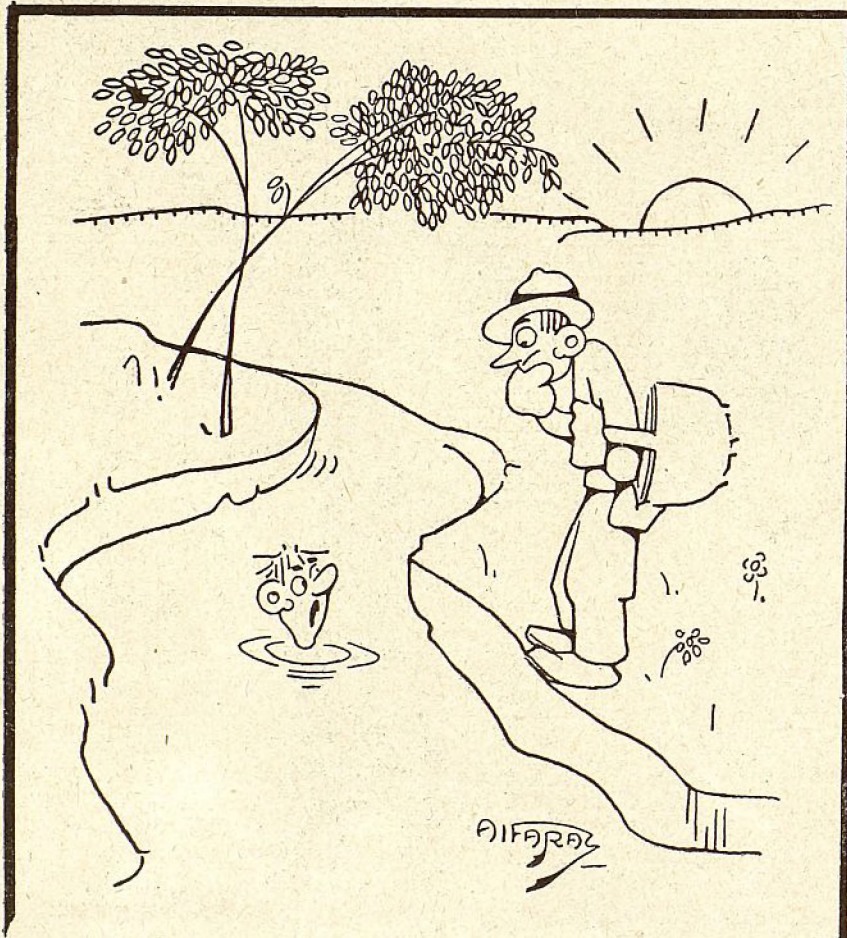
Pugnaban las lágrimas por saltar de los ojos de Raimundo mientras se dirigía hacia el Purgatorio.

Hele aquí ya en la conserjería, delante del encargado, que mira afanosamente el libro registro. Lo cierra de un golpe y volviéndose hacia Raimundo:

—Su papá no está aquí tampoco—dice tranquilamente.

Esta vez las lágrimas ya no se contentan con asomar a sus ojos, sino que prorrumpen en gran llanto.

—¿Qué quiere usted que yo le haga?—dice el encargado—. Si su padre no está en el Cielo ni aquí tampoco ya puede figurarse que no estará en el Reina Victoria. Baje unas escaleras más y le encontrará. ¡Menudo viejo verde debía estar hecho!



Dib. ALFARA.—Madrid.

—¡Socorro! ¡Favor! Que me ahogo. ¡Glu! ¡glu!
—¡Pues échese a llorar...!
—¿Y para qué?
—¡Para desahogarse!

Y cerrando la puerta dió con ella a Raimundo en las fosas nasales.

Abrió un demonio, que le preguntó amablemente qué deseaba. Extrañóle a Raimundo esta cortesía. Había supuesto en aquel lugar un humor de diablos.

—Vengo—replicó entre congojas— a visitar el alma de mi padre. En la Gloria, donde creí encontrarle, no estaba; tampoco en el Purgatorio. Me dirijo aquí, pues, para darle el abrazo último.

—Tendrás que volver el jueves. Hoy no es día de visitas—dijo Luzbel, moviendo el rabo en señal de contrariedad.

—Tengo gran interés en verle cuanto antes y más sabiendo que mi visita mitigará sus penas—explicó Raimundo—. Te daré una buena propina si me complaces.

—Gracias; pero perdona que no te la admita. Estando en el Infierno no podemos aceptar un par de «beatas». Sin embargo, veré el modo de complacerte, puesto que me has sido muy simpático.

Un diablillo que se entretenía en matar las consabidas moscas con el rabo para frotarse en un orzuelo, salió disparado en busca de don Zacarías, aunque se le notaba de mal humor.

—Se ve que está amoscado—pensó Raimundo.

El botones volvió al poco tiempo.

—No está aquí—dijo.

Raimundo dió un salto mayor que el Stadium Metropolitano.

—¡Es realmente extraño!—dijo Satanás—. No hay, sin embargo, que apurarse; puede que esté con licencia. Miremos en el registro de entrada, que es por donde debíamos haber empezado.

Miró, efectivamente. Pero allí no estaba ni había estado nunca.

—¿Has mirado bien en el Cielo y en el Purgatorio?—preguntó.

—He mirado a conciencia—dijo Raimundo, dejando caer una lágrima como una sandía.

—Contén las lágrimas, hijo mío, que vas a apagarme el fuego—aconsejó Satanás—. No desesperes y vuelve otra vez al Cielo y al Purgatorio. Seguramente no han mirado bien y encontrarás a tu padre en uno de esos sitios. De todos modos, si no parece mándame una nota. La publicaremos en la sección de anuncios de *El Témpano*, que es periódico que aquí se lee mucho.

—Te lo agradezco profundamente.

Y nuevamente se encaminó hacia el Cielo.

Otra vez vuelve San Pedro a mirar en el libro registro.

—Te repito que tu padre no está

aquí. Hojea tú mismo el libro—dice el santo.

Y no hubo más remedio que convenirse de que el nombre de don Zacarías brillaba por su ausencia.

Aquello era para volver a cualquiera más loco que una lectura ultraísta. Raimundo lloraba fuertemente, se tiraba de los pelos y se revolcaba por el suelo gritando desesperadamente. Parecía que le había acometido un ataque de nervios.

Pero de pronto la cara de San Pedro se iluminó beatíficamente.

—Oye—preguntó—, ¿has mirado en la sala de espera?

—¡¡¡En la sala de espera!!!

—¡Sí, hijo mío, sí; en la sala de espera!—prosiguió el santo—. Desde que andan por la Tierra esas cosas que llamáis «autos» ha habido rápidamente necesidad de habilitarla. No puedes figurarte qué modo de enviar aquí almas. Han batido el *record* a los médi-

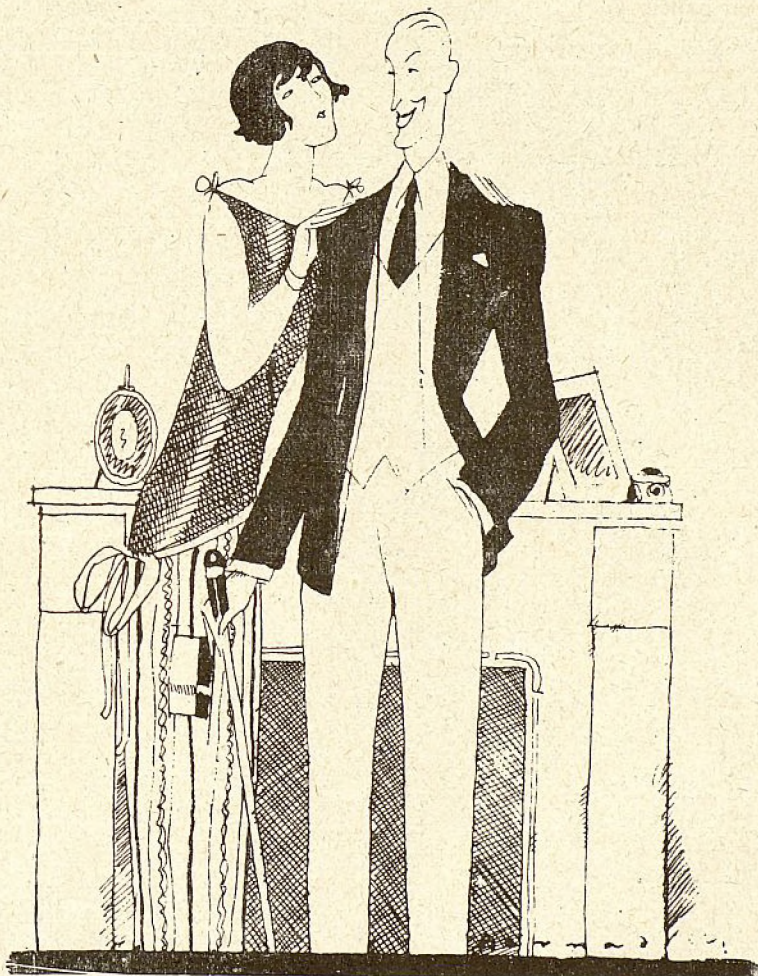
cos. Día hubo en que la cola para entrar casi llegaba hasta la Tierra. Los ángeles, armados de espadas de papel de plata, tenían que intervenir a cada momento para evitar que se birlasen los puestos los unos a los otros. Para evitar esto tuvimos que recurrir a las chapas. Pero todo inútil: los escándalos continuaban. Hasta que Nuestro Señor dispuso la creación inmediata de esa sala de espera, de la que a mí se me olvidó hablarte en un principio. Corre a ella rápidamente. Tu padre estará en ella aguardando. Es en esa galería, a mano derecha.

Raimundo salió disparado.

Allí, efectivamente, estaba don Zacarías.

Y padre e hijo se dieron un abrazo muy fuerte.

MANUEL LÁZARO



Dib. BERNAD.—Barcelona.

—¡Ay, Paco: anoche soñé que me dejabas mil pesetas!...

—No te apures por eso, mujer; ya me las devolverás cuando puedas.

DEL BUEN HUMOR AJENO

No se bañe, señor *Por Lucio Machado*

Hace días me encontré con Julio Reis, muchacho muy amigo mío y de quien hacía ocho años que no tenía noticia.

Terminado el bachillerato, él abandonó los estudios para ir a trabajar en una ciudad del interior, no me acuerdo con qué empleo de poca importancia. Desde entonces no nos habíamos visto, hasta que nos encontramos accidentalmente.

Tuve el placer de comprobar que, a pesar de los muchos reveses y malos ratos que le habían afligido, conservaba siempre su carácter alegre y seguía tan aficionado como antes a vestir bien, y hasta parecía que estaba ahora más cuidado que nunca de su indumentaria.

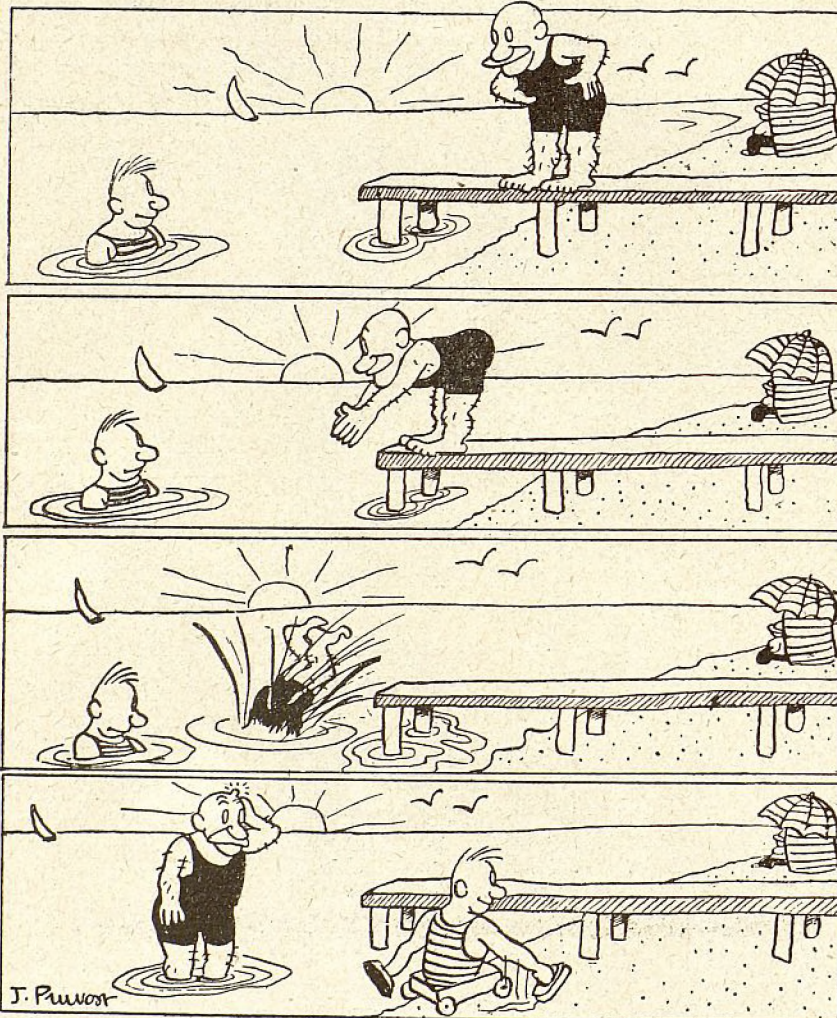
Apenas le pregunté cómo lo pasaba

y qué tal era el *destierro*, él me interrumpió:

—D... es una ciudad interesante y simpática y puedes creer que, a pesar de ser pequeña y poco adelantada, la vida en ella se pasa agradablemente. Cuando llegué, acontecióme una cosa extraordinaria.

Es cosa sabida que en las ciudades pequeñas un forastero siempre llama la atención, y yo no fui una excepción de la regla.

Allí se acostumbraba a pasear en la plaza. Ansioso de entablar relaciones con la gente del país, me dispuse para salir a paseo vestido con el mejor traje de mi colección, llevando un estupendo bastón y una corbata elegantísima.



UN GRAN NADADOR

(De Le Canard Enchaîné.)

En la primera vuelta que di se cumplió la regla: llamé la atención. Poco después se hacían comentarios e hipótesis sobre mi persona.

Cuando me retiré, ardía en deseos de saber cuanto se hubiera dicho de mí y esta curiosidad aumentaba los días subsiguientes.

Poco a poco, al correr el tiempo, mis ocupaciones me relacionaron con algunas personas, hasta que llegó el día en que me trataba con *todo el mundo*.

Pero, a pesar de mi natural manera de ser amable y correcto con todos, a pesar de mi honroso cargo, a pesar de que nunca tuvo motivo nadie para hablar mal de mí, en todas partes donde llegaba, en toda persona a quien hablaba, notaba un ambiente de hostilidad, de aborrecimiento contra mí.

Fué inútil todo cuanto hice por conocer la causa.

Pero, como todo llega en este mundo, llegó para mí el día de la revelación, y verás cómo.

Harto ya de que la gente me demostrara desprecio sin que nunca tuviese oportunidad de vengarme, valiéndome de una provocación directa, resolví dedicarme completamente al trabajo y aparte de la gente, para vivir tranquilo.

Con esta decisión, mis paseos y distracciones se limitaron a ir de cuando en cuando al cine, y todos los domingos, aburrido en un coche, iba a cualquier lugarejo vecino, donde me distraía paseando.

Uno de esos domingos fui a C... Despedí el coche y, después de dar una vuelta por el pueblecillo, me detuve en una hermosa plaza y me senté en un banco.

A poco sentí el galope precipitado de un caballo e inmediatamente pude vez una amazona, con el rostro transfigurado por el terror, que no podía detener al animal.

Comprender la situación y disponerme a contener al animal fué todo una misma cosa, y fuí tan afortunado que pude conseguirlo pronto.

La infortunada amazona era una señorita de D..., y, según mis noticias, una de mis más encarnizadas enemigas, de las que me llamaban antipático, jactancioso y ridículo.

Al bajar del caballo y cuando, toda perturbada, comenzó a darme las gracias, se acercó su padre. Ella le contó lo ocurrido, y el hombre, después de deshacerse en cumplimientos y atenciones, me dijo confidencialmente:

—Sé, señor Reis, que es usted un hombre correcto y que nada malo puede decirse de usted; pero también que no ha caído en gracia a la gente de D... por ser... demasiado escrupuloso... Sí. Nunca se ve una mancha en su camisa, su ropa está siempre limpia... Nadie se preocupa allí de estas cosas... Si quiere usted hacerse simpático, ¡báñese menos, señor!

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

C. G. G. San Sebastián.—¿Conque usted no cobra nada por su trabajo? ¡Caramba con el desprendimiento del amigo!... Pero, vamos a cuentas: ¿Usted cree que nosotros íbamos a cometer la burrez de darle a usted ni un perro chico por eso?

F. Cermeño. Madrid.—Le juramos a usted, con la mano puesta en el pecho de una doncella de seis duros que tenemos en casa para todo, que no sabemos ni una palabra del original a que usted alude en su expresiva carta. ¡Y vive Dios que lo sentimos de veras! ¿Porqué no repite el envío y saldremos de esta espantosa tortura, que puede llegar a matarnos o a una cosa por el estilo?

CALZADOS LLORENTE
Carmen, número 25
Los mejores de Madrid.
A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

Madrinas de guerra.—Las solicitan en estos preciosos y caliginosos momentos los siguientes bizarros peticionarios: *Pirandello* (seudónimo de un alférez del batallón expedicionario de Infantería Isabel la Ca-

ña, tercer labor, Tetuán); Emilio Martínez (Legión Extranjera, segunda bandera, Plana Mayor, Ben-Tieb, Melilla); Alvaro Soriano (Intervención militar de la kabila de Anyera, Estación Castillejos, Ceuta).

yor, Ceuta); Alfonso Roales Niet (Compañía mixta de Sanidad Militar, Melilla); Félix Merino Reina (regimiento Melilla, segundo batallón, tercera compañía, Melilla); Cristóbal Adamú Santos (Centro Elec-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO

Francisco Parajó González (posición de M. Ter, Intendencia, Ceuta); Antonio Blanco (cabo de Regulares Indígenas de Larache, Al-

trofónico, Melilla); y José Raich Maurell, Ramón José Barceló y José Padilla Iglesias (los tres de la Legión Extranjera, primera bandera,

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA. — CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

cazarquivir); Francisco Castilla (Depósito de Intendencia, Kandussi); Joaquín Soto (Comandancia Ingenieros, quinta compañía Zapadores,

tercera compañía, en Ben Tieb, Melilla).
J. A. A. Valladoit. — Flojito el dibujo y un sí es no es picaronazo

LUIS ESTEY Y LOPEZ DE HARO

CONFERENCIAS, MONOLOGOS,
PARODIAS Y HUMORISMO

2 Ptas



Pedidos: LUIS SANTOS
Carretas, 9. Madrid.

SORPRENDENTES
son los productos americanos de
BELLA AURORA

Recomendados por la Facultad de Farmacia de Barcelona -1-
Grandes premios en 1915, 1919 y 1921



J. B. Ecija y Madrid.—Lo sentimos muchísimo, y usted lo sentirá más todavía, pero no podemos publicar sus artículos.

tólica, segunda compañía, posición Tizzi-Asa, Melilla); Francisco Gómez Mora y Pedro Malnar Colás (sargentos del regimiento Ceuta, primer batallón, tercera compañía,

Ceuta); Alberto Atauri, Francisco Rodríguez Alegre y Juan Vidal Gaviacachvarría (del Tercio Extranjero, heridos en Koba Darsa, Hospital O'Donnell, Ceuta); José G. Arroyo

el chiste. Ambas cosas han decretado su perdición. Y para la admisión de trabajos, sepa usted que basta con que sean aceptables. Ahora bien: para su envío, como para tomar parte en nuestros concursos y demás zarandajas, es preciso acompañar las cosas de los cupones correspondientes y nada más. ¿Que no es usted suscriptor? ¡Allá

2'50 J. MIÑANA CARRETAS 33

PAQUETE DE 10 HOJAS

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

7,50 collar oro, 18 kilates
NÚÑEZ compra venta
29, Barquillo, 29

Máquina de escribir
UNDERWOOD
La mejor del mundo.
Modelos modernos.
ALCALÁ, 39.-MADRID

E. E. L. Zaragoza.—Sus cuartillas en elogio de Calahorra no valen un pimiento. En cambio son una lata, y algo es algo.

Ceuta); Juan Berges (cabo de cazadores de Talavera, primera compañía, Xauen, Tetuán); Benjamín Iglesias (soldado fuerzas Indígenas de Regulares Tetuán, primera compa-

(sargento del regimiento infantería de África, primer batallón, primera compañía, Melilla); Cesáreo García de Lopetegui y Juan Rivas Díaz (Comandancia de Ingenieros, Plana Ma-

CREMA Polar



Para la limpieza de los dientes -:- Cura el dolor de muelas -:- Evita el sarro. -:- Perfuma el aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

usted con su conciencia! ¿Que es usted lector? ¡Que sea enhorabuena! ¿Que no lo es usted, y le regala los cupones un amigo? ¡Nosotros impávidos, a la par que encantados!... El caso es pasar el rajo, ¿no le parece a usted?

Maquiavelo Bis.—Por cualquier lado que se le mire, es usted un hontote giganteco

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En la escuela.
 EL PROFESOR.—¿Qué pesa más, un litro de agua o un litro de vino?
 EL DISCÍPULO.—Un litro de agua.
 EL PROFESOR.—¡¡Hombre!! ¿Y cómo es eso?
 EL DISCÍPULO.—¡Porque el litro de vino no hay quien lo dé completo!

Félix Amezcua y Laura.—Bilbao.

Entre novios.
 —Oye, Santiago, mi madre me ha dicho que rompa mis relaciones contigo, porque yo me merezco un hombre de capital.
 —¡Pues eso está solucionado, bobal! ¡La dices que soy de Madrid!
 Federico.
 Villanueva de la Cañada.

—Oye, niño, ¿cuántos años tienes?
 —Cuatro.
 —¡Qué! ¡En tan poco tiempo no te has podido poner tan sucio!!
 V. C.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
 Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

—¡Me robaron el reloj!
 Yo no sé cómo sería...
 —¿Pero usted no lo sintió
 —¡Y lo siento todavía!...

José M. Conde.

HERNIAS
 Bragueros científicamente.
 J. Campos
 único MEDICO
 ORTOPEDICO
 de MADRID
 Augusto Figueroa 8

—¿Has visto la desgracia del pobre Peláez, el ingeniero?
 —Sí, hombre, una muerte natural...
 —¿Cómo natural? ¡Si le cayó encima un bloque de mil kilos!
 Pues por eso mismo lo digo. Yo encuentro muy natural que, al que le cae encima un bloque de mil kilos, se muera.
 Ansolodene.—Madrid.

MEDEL

GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

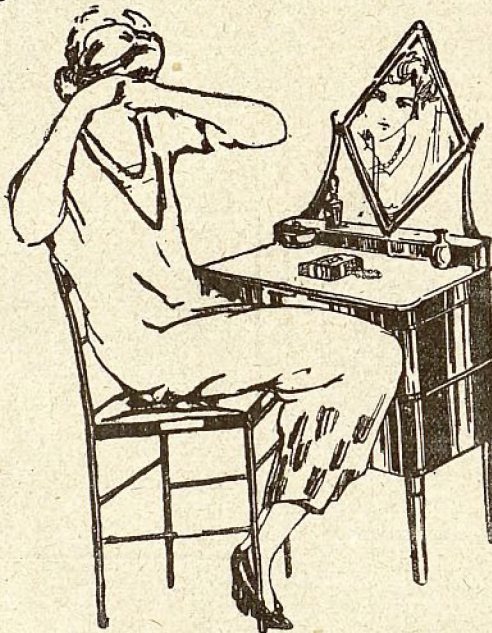
La mayor felicidad de un ciego. No tener que mirarle a la cara a su suegra.

Angel Fernández de Córdoba,
 Río Martín.

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el verano cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

En un museo de curiosidades. Un inglés se fija en dos lenguas humanas, una mucho mayor que la otra, y ambas en alcohol, que hay

Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera y Alfileres de corbata.

EN TODAS LAS JOYERIAS

en una vitrina. Llama a un empleado y le pregunta:

—¿A quién perteneció esta lengua, la más grande?
 —Al emperador Carlomagno.
 —¿Y la pequeña?
 —Al mismo Carlomagno, cuando era niño.

C. López.—Murcia.

Un gitano vacunó a un hijo suyo para librarle de una epidemia de viruela que había en su pueblo. Al poco tiempo, el chico agarró un cólico y falleció a las veinticuatro horas; y el padre, de vuelta del entierro, se encará con el médico y le dijo llorando:

—¿Ha visto usted, doctor? ¡Pa que nos flemos de la vacuna!...
 Manuel Mingo.—Ciempozuelos.

El colmo de un vaquero. Hacer que le obedezcan 'os toros por medio de las ondas hertzianas.
 Tinfeco.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
 Provisiones, 12.

Por unos dientes bonitos
 Saturnino se desvive.
 Por lo cual sus novias usan
 Licor del Polo de Orive.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros graciosos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebote que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frascas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, *sin sentirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



ESPLANDIU

Ayuntamiento de Madrid
LA VIEJA.—¿Y qué opinan ustedes de Pirandello?

Dib. ESPLANDIU.—Madrid

Nº
PARIS